

**Dossier**

**Vidas cotidianas  
en la época colonial**

Bernd Hausberger

## ➤ Presentación

¿Por qué pueden ser de interés episodios y expresiones de la vida cotidiana de la llamada gente común y corriente de otras épocas? Hay que constatar, sin que intentemos aquí explicar tal fenómeno, que las historias de ese tipo encantan al público, como queda demostrado por el auge de las novelas históricas que se observa desde hace al menos veinte años y las cifras de venta de libros sobre historia cotidiana, un éxito desconocido para los otros productos de la historiografía académica. Tal vez eso se debe a lo que Javier Marías insinúa sobre las novelas de ficción en *Negra Espalda del Tiempo*, que a los humanos nos fascina meternos en existencias inventadas o extrañas, como alternativas a las nuestras, sin tenerlas que experimentar personalmente. Pero que los libros de historia cotidiana se lean es una cosa; que se escriban, otra. Detengámonos un poco más en esto.

Desde que la historia de los grandes hombres, de las batallas y de los eventos extraordinarios cayó en desgracia, se dio el ascenso de la historia estructural. En Francia se postuló ya a principios del siglo xx (Simiand 1903), y más tarde también a impulso de la generación de los Annales, que para entender los mecanismos sociales había que investigar lo que se observaba de forma ordinaria y repetida, abandonando la observación de lo fortuito. Se trataba de estudiar las estructuras que determinaban la acción del individuo y el evento singular, fenómenos que no constituyen nada más que las olas en la superficie del mar de la historia (Braudel 1976, I: 19-20). En adelante, estos esfuerzos se apoyarían en Weber y otros sociólogos y se alimentarían también de la fe, implícita o explícita, en poder descubrir las leyes objetivas que rigen el desarrollo humano, entendido con frecuencia como progreso continuo hacia la modernidad. En este afán, la historia estructural coincidía con la historiografía marxista, que ejerció una profunda influencia incluso entre investigadores de otra procedencia. Con esto se tendió a buscar las principales fuerzas de la historia en las dinámicas económicas y con el tiempo se dio una fuerte inclinación al uso de métodos cliométricos. Sobre todo en el tercer cuarto del siglo xx, la historia estructural ha dominado la historiografía.

Pero poco a poco aparecieron los primeros nubarrones en el cielo optimista de los historiadores. La ilusión de poder asir las leyes de la historia se esfumó, la confianza en un progreso lineal perdió su firmeza. En el nivel concreto del trabajo de investigación se había llegado a un grado de abstracción muy elevado en busca de las estructuras, y hubo que reconocer que los modelos esbozados no estaban en correspondencia con la realidad observada empíricamente o que sólo lo estaban con los casos concretos de los cuales habían sido deducidos. La construcción de tipos ideales al estilo weberiano resulta sólo una variante de este problema. Así la historia estructural entró en crisis y gran parte de su producción terminó aburriendo al público.

Como respuesta a esta situación se formularon varias propuestas y se buscó apoyo en otras disciplinas, como la antropología, la filología o la lingüística. El resultado no fue el

ascenso de una nueva corriente dominante en la investigación, sino más bien un pluralismo metodológico. Así surgieron la antropología histórica, la microhistoria, la historia de las mentalidades, la historia de géneros y, como fórmula integradora de estas variantes, la nueva historia cultural, en tanto que los representantes de la historia estructural no han cesado hasta hoy de defender sus principios. Mientras que, en lucha por la supremacía en el mundo académico –con sus honores, plazas y presupuestos de financiación–, algunos usan esta heterogeneidad de enfoques para airadas controversias sobre la ciencia verdadera y las ciencias fraudulentas, la nueva historia cultural defiende, al menos en teoría, que el trabajo científico, tanto en sus preguntas como en las repuestas que formula, está ligado siempre a la situación concreta de su realización. No se puede, por lo tanto, definir una historiografía correcta o falsa, sino que lo que se plantea es una discusión abierta entre todas las corrientes sobre sus diferentes aportes (Daniel 2001: 16-18). Con esto, la nueva historia cultural pretende desafiar al *establishment* académico y, sin embargo, al sustituir el argumento de una ciencia correcta por el de una intelectualidad verdadera y a la altura de su tiempo, también el discurso culturalista puede convertirse en un discurso de poder excluyente, armado de un lenguaje a veces rebuscado y conceptos *sui generis*.

Como una de las primeras novedades en este mundo de los historiadores, se destaca en cambio la historia cotidiana. Ella, sin duda, ha llenado una laguna que había sido señalada por la crítica: el hecho de que las personas reales hubieran desaparecido de la investigación. En la historia cotidiana tales personas regresan. Si antes se subrayaba que las estructuras abstractas no tenían mucho que ver con las prácticas políticas, económicas y sociales, en la historia cotidiana éstas se reconstruyen conforme, incluso, al viejo postulado de la historia social, es decir prestando atención no tanto a lo espectacular sino a lo ordinario. Por una lógica inherente a este esfuerzo, la mirada se dirigió desde el principio no a las clases altas, cuya vida no parecía tan cotidiana, sino a sacar a la luz la historia de las gentes olvidadas, como las clases bajas, las mujeres o los grupos marginales. Además, en un mundo democratizado, donde cada vez más gente tiene acceso a libros y al estudio universitario, los interesados se habían cansado de leer siempre de las grandezas de sus amos del pasado y empezaron a buscar su propio lugar en la historia. De esta suerte, las personas sin historia, tradicionalmente consideradas como objetos (o víctimas) del desarrollo, aparecían ahora como actores sociales activos. Sus experiencias y las interpretaciones que construían como base de orientación de sus comportamientos fueron reconocidas y valoradas por primera vez. Al mismo tiempo se experimentó la reanimación de una historia narrativa, tildada de no científica en las épocas anteriores, y de manera extrema en la historiografía alemana. Pero desde que Hayden White (1973) subrayó el carácter narrativo de toda la producción historiográfica, aunque lo hiciera para denunciar la supuesta ingenuidad de los historiadores frente a sus propios medios de expresión, a algunos investigadores ya no les causa vergüenza relatar las historias de gente desenterrada de las fuentes. Cuando Clifford Geertz (1973) concibió la *thick description* como método analítico, tal empresa recibió una legitimación adicional. De esta suerte, la historia cotidiana ganó un gran atractivo entre el público no académico.

A pesar de que la historia cotidiana ha logrado un considerable auge, incluso la que trata de tiempos bastante lejanos, es vista con frecuencia con cierta desconfianza, y aun con desprecio, dentro del sector de historiadores. Se la acusa sobre todo de carecer de teoría, presentar un conglomerado de anécdotas y recuentos de eventos aislados y, para el lector moderno, exóticos. Se afirma que corre el peligro de servir menos a una intelec-

tualidad crítica que ofrecerle un escapismo al lector y al autor en una fuga del presente hacia un mundo lejano y artificial. Se dice también que se queda en la mera reconstrucción narrativa de los fenómenos observados, y que cuando intenta remediar este déficit, corre el riesgo de caer en una concepción tradicional de las estructuras como determinantes del comportamiento, aunque sólo sea para justificar su narración frente a la exigencia de producir resultados generalizables. Sobre todo en algunos estudios ligados a la historia de las mentalidades, el individuo con sus sentimientos, ideas, deseos y vicios termina siendo considerado como producto de un determinismo de estructuras de *longue durée*. Finalmente, dado que la historia cotidiana no se interesa por lo extraordinario, está obligada a centrarse en los componentes más estáticos de cada sociedad, corriendo el riesgo de perder la noción del cambio y del carácter de proceso que tiene la historia.

No obstante estos argumentos, la historia cotidiana no parece ser terreno tan estéril para preguntas más teóricas. Algunos investigadores han empezado a redefinir el concepto de estructura, al que entienden hoy como una regularidad en el proceso histórico (sin hablar ya de leyes) que se construye y reproduce únicamente en las acciones de los actores sociales (Mergel y Welskopp 1997; Suter y Hettling 2001). Estos esfuerzos remiten sobre todo a las obras de Pierre Bourdieu, Anthony Giddens o Marshall Sahlins. El individuo, en este sentido, no constituye una oposición a la sociedad, sino una de sus formas de existencia. La relación detallada de la vida diaria puede aportar material para llegar a este nuevo concepto de estructura que cerraría el abismo que se había producido entre abstracción/estructuras y acontecimientos concretos, o entre sociedad e individuo. Pero queda claro que tal concepción de estructuras sigue siendo bastante exigente, tanto en el nivel teórico como en el de la aplicación empírica y en el de la presentación de los resultados. No se ha resuelto el problema de cómo, a partir de la suma de situaciones concretas, se podría llegar a formular un resultado general (Acham y Schulze 1990), y si lo intentamos, repetiremos probablemente lo que la historia estructural siempre ha hecho, claro que con métodos más detallados y con un interés ampliado a campos y grupos sociales antes no tratados. Finalmente, dudamos que los eternos problemas de las ciencias sociales, es decir, la determinación de la relación entre lo particular y lo general, entre lo micro y lo macro, o entre el efecto y la causa vayan a resolverse por el simple hecho de negar su existencia. Puede ser que oposiciones conceptuales como las citadas sean una mera construcción artificial, pero todavía no parece fácil determinar si abandonarlas nos ayudará en realidad a avanzar o si, por el contrario, constituyen la trama necesaria para orientar el pensar sobre lo humano y las formas de su existencia. La dificultad radica en nuestra incapacidad de abarcar la totalidad del hacer humano.

Pero a pesar de todo, creemos que la historia cotidiana tiene un mérito innegable. Al fin y al cabo parece bastante árido hablar y discutir sobre fenómenos humanos, ya sea buscando estructuras de cualquiera naturaleza o rechazando su existencia, sin poder formarse una imagen de cómo vivían y se comportaban los actores en cuestión. Ya por esta razón vale la pena relatar capítulos de la historia cotidiana. Esto no quiere decir regresar a un positivismo histórico que se plantee narrar en una secuencia totalmente coherente cómo “de hecho fueron las cosas”. Queda fuera de discusión que no podemos escapar o abstraernos del mundo en el que vivimos y de sus discursos, sus formas de contar y sus símbolos. Queda claro que las preguntas que le hacemos a la historia, también a la simple historia cotidiana de la gente común, las respuestas que encontramos y la narración que finalmente producimos son preguntas, respuestas y narraciones de hoy en día, inca-

paces de captar el pasado tal como fue. Pero es necesario construir nuestra versión del pasado y por lo tanto también de la gente y de las formas de vida de ese ayer. Si no lo hacemos, la historia cultural o los otros nuevos enfoques van a correr la misma suerte de los buscadores de las estructuras: nadie, salvo sus propios representantes, se va a interesar en ellos, porque al lector se le suprimiría la posibilidad de encontrarse a sí mismo en un relato que terminaría teniendo tanto atractivo como un tratado de geología que evitara hablar de las piedras.

Con los cuatro trabajos que presentamos aquí no pretendemos resolver los problemas mencionados ni cancelar un debate que está abierto tanto en Europa como en América Latina. Queremos, en cambio, presentar algunos recortes de la vida cotidiana en la época colonial. En primer término, **Delphine Tempère** nos pincela la vida de los marineros de la Carrera de Indias, que en los barcos y en los puertos habían encontrado un espacio donde, por su calidad de especialistas imprescindibles y su libertad personal como asalariados, podían desarrollar sus propias formas de vida a pesar del repudio que se les expresaba en tierra. Los otros tres estudios tratan de temas novohispanos, lo que no es casual porque esta forma de hacer historia se ha extendido mucho en México por los múltiples elementos que ofrece para reinterpretar el devenir nacional<sup>1</sup>. El trabajo de **Bernd Hausberger** está dedicado a las misiones jesuitas. En ellas, los padres de la Compañía de Jesús, al servicio de la Corona, tenían un claro concepto de cómo querían transformar a los indios bárbaros de la frontera en fieles cristianos y súbditos del rey, pero el resultado de sus esfuerzos no tuvo mucho que ver con su objetivo original. **María Isabel Marín Tello** describe el mundo del teatro en Valladolid, capital de Michoacán, a finales del siglo XVIII, poniendo de manifiesto que paralelamente a las representaciones en el escenario se desarrollaba una historia muy diferente entre el público que se divertía mofándose de la política educadora que quería implantar el Estado colonial a través del teatro. Finalmente, **Eduardo Flores Clair** y **Alba López Mijares** retratan las formas de violencia doméstica en las familias mineras, y también aquí se presenta un abismo entre los principios patriarcales y religiosos, que ponían a la familia como centro de la sociedad del Antiguo Régimen, y la vida real gobernada por valores de masculinidad muy distintos.

Queda al lector decidir si los recuentos reunidos sirven de base para identificar regularidades en las relaciones sociales y pueden aportar a un nuevo concepto de estructura que incorpore la categoría de proceso como uno de sus componentes, si carecen de rigidez analítica o si simplemente constituyen nuevas narraciones de las formas de vida y sociabilidad del pasado colonial americano.

## Bibliografía

Acham, Karl; Schulze, Winfried (eds.) (1990): *Teil und Ganzes. Zum Verhältnis von Einzel- und Gesamtanalyse in Geschichts- und Sozialwissenschaften*. München: dtv (Beiträge zur Historik 6).

---

<sup>1</sup> Sólo quiero mencionar que el Colegio de México está preparando una *Historia de la vida cotidiana en México* en varios volúmenes, coordinada por Pilar Gonzalbo Aizpuru.

- Braudel, Fernand (1976): *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. 2 vols., Madrid: Fondo de Cultura Económica (1ª ed. francesa 1949).
- Daniel, Ute (2001): *Kompendium Kulturgeschichte. Theorien, Praxis, Schlüsselwörter*. Frankfurt am Main: Suhrkamp (suhrkamp taschenbuch wissenschaft 1523).
- Geertz, Clifford (1973): *The Interpretation of Cultures. Selected Essays*. New York: Basic Books.
- Hartwig, Wolfgang (1994): "Alltagsgeschichte heute. Eine kritische Bilanz". En: Schulze Wilfried (ed.): *Sozialgeschichte, Alltagsgeschichte, Mikro-Historie*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, pp. 19-32.
- Mergel, Thomas; Welskopp, Thomas (1997): *Geschichte zwischen Kultur und Gesellschaft. Beiträge zur Theoriedebatte*. München: C. H. Beck (Beck'sche Reihe 1211).
- Schulze, Wilfried (ed.) (1994): *Sozialgeschichte, Alltagsgeschichte, Mikro-Historie*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.
- Simiand, François (1903): "Méthode historique et science sociale. Etude critique à propos des ouvrages de M. Lacombe et de M. Seignobos". En: *Revue de synthèse historique*, 6: 1-22, pp. 122-157.
- Suter, Andreas; Hettling, Manfred (eds.) (2001): *Struktur und Ereignis*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht (Geschichte und Gesellschaft, Sonderheft 19).
- White, Hayden V. (1973): *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore: John Hopkins University Press.